

## **Texto Definitivo de la experiencia del matrimonio formado por Rafael Benítez y Paloma Campos sobre la oración familiar del domingo y de la transmisión de la fe a los hijos.**

Rafael: Me llamo Rafael, estoy casado con Paloma y tenemos diecinueve hijos, somos españoles y pertenecemos al Camino Neocatecumenal desde hace casi cuarenta años. Somos catequistas itinerantes del Camino y actualmente llevamos adelante nuestra misión, con la ayuda del Señor, en varias diócesis del sur de España. Ocho de nuestros hijos están casados y tenemos cuarenta y tres nietos, otro de ellos es seminarista y los diez restantes permanecen todavía en casa. Todos, gracias a Dios, permanecen en el Camino cada uno en su comunidad.

Paloma: La fiesta, a mi me lleva a recordar el Evangelio del milagro de las Bodas de Caná, donde Jesús transforma el agua en vino. Digo esto porque así pasó también en nuestro matrimonio donde al poco tiempo de casados se nos terminó el vino, es decir, la fiesta. Y aunque es verdad que nos casamos enamorados y que pensábamos que todo iría bien, eso duró poco. Hacía pocos meses que habíamos entrado en una comunidad neocatecumenal y allí nos encontramos con el amor que Jesucristo nos tenía y cómo fue transformando poco a poco nuestra agua en vino nuevo. La Palabra de Dios nos fue recreando, experimentamos el poder querernos de verdad, aprendimos a perdonarnos porque vimos cómo Él nos perdonaba, y así nuestra vida cambió y conocimos la fiesta verdadera en nuestro corazón, la comunión que Dios nos daba entre nosotros y también la alegría íntima de vivir esta fe junto con los hermanos de nuestra comunidad. En cierto momento, a lo largo de este itinerario, recibimos del Señor, a través de nuestros catequistas, la gracia de poder rezar todos los días la oración de laudes que los domingos se ampliaba a toda la familia. En este momento los hijos eran todavía pequeños, pero a partir de los seis años comenzamos a tener con ellos estas celebraciones domésticas de las laudes. Reconozco que no hubiéramos podido hacer esto sin la experiencia previa de sentirnos salvados por Jesucristo. De esta liturgia que hacemos con nuestros hijos, cada domingo, lo que me parece más importante es hacerles presente que Dios es uno, que Él es el único Señor y que por eso lo dejamos todo, nos vestimos de fiesta, cogemos los instrumentos, cantamos los salmos y le bendecimos por la misericordia que ha tenido con nosotros; también le pedimos por la gente que sufre, que no le conoce, por nuestra familia, etc.

Aparte de esto me ayuda ver que al proclamar la Palabra de Dios, ellos descubren que esa Palabra tiene relación con sus vidas, que las cosas que les ocurren no son una casualidad y que nuestro Dios no es un Dios que está allá arriba en el cielo y que no le interesa nada de lo que nos sucede, sino todo lo contrario, todo tiene sentido y precisamente, los acontecimientos que suceden en nuestra vida los pone Dios porque quiere decirnos algo, significan algo y es así como interviene en nuestra vida, como lo hizo en la vida de Abraham, Isaac, Jacob, etc. Es decir, que esa Palabra que escuchamos viene a iluminar el sentido de las cosas que cada día nos suceden, tanto a los hijos como a nosotros. Por eso estamos contentos y surge en nosotros la alabanza, porque nos sentimos amados de Dios.

Rafael: Este tiempo de oración tiene lugar el domingo, porque es el Día del Señor, día de reposo y día santo, donde la principal tarea de la familia es alabar y bendecir al Señor por todas sus bondades; es un día que comienza con la Eucaristía, el sábado después de las primeras vísperas y en la mañana del domingo la familia se reúne en torno a la mesa y después de la invocación inicial canta el salmo invitatorio. El padre hace después un breve oración en voz alta que da paso a la proclamación de los salmos, con cantos intercalados y la lectura breve de las laudes del domingo correspondiente. Tanto la proclamación de los salmos como de la lectura breve, la realizan indistintamente, así como los cantos, los diversos miembros de la familia. Finalizada esta primera parte de la oración el padre de familia proclama un pasaje de la Escritura, haciendo una lectura continuada de los principales libros del Antiguo Testamento (Pentateuco y Libros Históricos) y una vez finalizada invita a los hijos, en primer lugar a manifestar aquello que, a través de los salmos y la Palabra les ha dicho el Señor. Este momento donde los hijos, en el contexto de la Palabra escuchada, pueden abrir su corazón, contar sus experiencias, hablar también de sus dificultades o sufrimientos y poner en común la iluminación que la Palabra de Dios realiza en su historia concreta, es muy importante y de gran ayuda tanto para ellos como para los padres porque propicia una mayor comunión, un estupendo diálogo entre las dos generaciones y facilita la libertad y la confianza de los hijos y da a los padres la medida de la respuesta, el consejo, la advertencia, etc.

La madre de familia tiene un papel muy importante en esta celebración doméstica, porque da su experiencia de la Palabra aterrizándola también a los hechos de su propia vida. Esta parte de la oración se cierra con una pequeña catequesis -preparada previamente por los padres-, que realiza el padre, aterrizando la Palabra escuchada, respondiendo las preguntas, que, a veces, realizan los hijos, y fundamentalmente haciéndoles presente el amor de Dios hacia ellos. La liturgia concluye con el canto del Benedictus, oraciones de súplica o acción de gracias de todos los miembros de la familia y el abrazo de la paz., Antes de la oración conclusiva, el padre hace una oración de petición al Señor, para que conceda su bendición a cada uno de sus hijos y eventualmente puede pedir alguna gracia especial para cualquiera de ellos que esté en una situación de necesidad, sufrimiento, etc. Después, como signo de esta bendición de Dios impone la mano sobre la cabeza de cada hijo. Finalmente, después de la oración conclusiva se canta algún canto.

Paloma: No sólo pasamos la fe a nuestros hijos en esta celebración sino en cualquier momento, tomando ocasión de los hechos que acontecen cada día. Intentamos hacer a Dios presente porque creemos que Él camina con nosotros, como lo hizo con el pueblo de Israel en el desierto. Por eso creo que la fiesta está presente en la vida de aquellos que han conocido el amor gratuito de Dios. No es una fiesta como la entiende el mundo sino que ésta en el corazón. La vida está llena de tensiones, combates, luchas, alegrías y penas pero sabemos que Jesucristo ha vencido la muerte, nuestra muerte, que ha perdonado nuestros pecados y que nos da la posibilidad de que unidos a Él vivamos como hijos de Dios. Que nos incorpora a su propia familia donde nuestro Padre es Dios, Jesucristo nuestro hermano mayor y nuestra madre la Virgen María.

Rafael: A continuación, para poder ver de una forma más gráfica cómo se realiza esta liturgia doméstica, vamos a proyectar un breve vídeo (diez minutos), que grabamos hace ya algunos años.

Rafael y Paloma

